

❑ EDUARDO MARTÍNEZ
 “¿Dónde está tu Dios?” (Sal 42,3). Esa es la maliciosa pregunta que en la Biblia arrojan al salmista sus enemigos, a modo de escarnio ante una aflicción máxima en la que Dios parece haber desaparecido. En nuestros días, la pregunta ha emergido de nuevo ante el embate de una pandemia que ha provocado ya dos millones y medio de muertos en todo el mundo y una crisis económica galopante. “Más ciencia y menos religión” o “la medicina salva, no Dios”, se ha llegado a escuchar ahora, en medio de la peste de nuestro tiempo.

Ante el sufrimiento, los no creyentes suelen reafirmarse en su idea de que Dios no existe, pues si existiera evitaría el mal. La respuesta de los creyentes, en cambio, afirma la existencia de Dios. Pero, aun así, brotan preguntas no menos inquietantes: ¿por qué permite Dios algo tan cruel como una pandemia?, ¿es un castigo, una enseñanza...?, ¿es bueno realmente Dios?, ¿no parece a veces insensible o impotente?, ¿cabe esperar que nos ayude a salir del atolladero?... En la Facultad de Teología ‘San Vicente Ferrer’ de Valencia, un grupo de profesores ha realizado una reflexión-informe sobre el impacto de la covid-19 desde un punto de vista teológico, sociológico y pastoral. Para tratar de hallar respuestas a las citadas cuestiones, en PARAULA hemos hablado con dos de ellos: los reconocidos teólogos **Martín Gelabert**, religioso dominico y actual vicario episcopal para la Vida Consagrada; y **José Vidal Taléns**, sacerdote diocesano y actual párroco de San Lázaro, en Valencia.

Las explicaciones religiosas al problema del origen del mal podrían dividirse en dos bloques: las que lo atribuyen a Dios y las que no. Las del primer grupo implican una imagen de Dios deformada –tal como indican los dos expertos–, por tanto, no son correctas. Según esa visión distorsionada, una calamidad como la actual pandemia habría sido urdida y ejecutada por el mismísimo Creador. En la versión dura de este planteamiento, el motivo sería castigar el pecado de los hombres y mujeres de la tierra. Y en la versión suave, se trataría más bien de un instrumento pedagógico desplegado directamente por Dios, con el fin de comunicarnos alguna lección importante y que de otro modo no podríamos aprender. En cualquiera de los dos casos, los problemas de sentido quedan sin resolver. Si Dios no es malvado, ¿cómo va a castigarnos con semejante crueldad? Y si es bueno, pero

no tiene otra forma mejor de instruirnos y corregirnos, ¿cómo vamos a poder seguir diciendo que es todopoderoso, que sigue siendo ‘Dios’? En cuanto a la libertad humana, ¿qué queda de ella ante un poder tan intervencionista y aplastante? ¿No seríamos, entonces, unas simples marionetas en manos de un dios temible?

Dios no es el autor de la pandemia ni del mal

Decir que Dios es el autor de los males y de la actual pandemia es “casi blasfemo”, señala Gelabert; se trata de un “lenguaje odioso”, añade Vidal Taléns, propio de “formas religiosas primitivas”, pese a seguir teniendo hoy todavía cierta circulación. En definitiva, ese modo de interpretar el mal –explícan ambos– resulta incompatible con aquella verdad esencial de la fe cristiana que proclama que Dios es amor y quiere nuestra felicidad y salvación. El propio papa **Francisco** ha descartado aquel enfoque: “No quiero decir que se trata de una suerte de castigo divino”, escribe sobre la pandemia en su última encíclica, *Fratelli tutti*, publicada el pasado mes de octubre.

La hipótesis de la autoría divina es también irreconciliable con aquel otro principio de la doctrina cristiana según el cual Dios ha dado a la naturaleza y al ser humano, una vez creados por Él, una relativa autonomía.

Las respuestas religiosas correctas al problema del mal se encuentran, pues, en el segundo grupo mencionado: el que no atribuye las calamidades que nos afligen a la acción directa de Dios. ¿Pero cómo conciliar, entonces, la creencia en un Dios bueno y omnipotente con las catástrofes naturales y el sufrimiento humano?

La relativa autonomía de la naturaleza

Una de las claves para resolver ese dilema se encuentra –en palabras de Gelabert– en “la finitud de la creación”. Dios –argumenta– es el ser perfecto e infinito. Y como no le falta nada, “no es posible que se prolongue a sí mismo en un acto creador porque Él ya lo tiene todo en cuanto que Dios”. De modo que cuando crea, “necesariamente genera cosas nuevas, distintas a él y, por tanto, inevitablemente imperfectas, limitadas”. Se trata, pues, de “asumir que somos criaturas y no dioses, y que el precio de la vida no divina es la limitación, la enfermedad, el sufrimiento, la muerte...”, zanja.

Esas limitaciones de la naturaleza se traducen también en “cambios constantes, a veces violentos, en equilibrios dificultosos entre



GOFFKIN.PRO / SHUTTERSTOCK

Y en la pandemia, “¿dónde está tu Dios?”

Las catástrofes naturales, las guerras, el hambre y, en definitiva, el mal y el sufrimiento humano han sido desde siempre un desafío para la fe en Dios. Si Dios existe, ¿cómo es posible que permita tales calamidades? La actual pandemia ha reverdeado el eterno dilema. Dos prestigiosos teólogos valencianos, José Vidal Taléns y Martín Gelabert, responden desde la fe y la razón a esa y otras preguntas: ¿dónde está Dios en la pandemia?, ¿es su autor?, ¿quiere corregirnos con ella?...

las cosas, así como en la lucha por la supervivencia o en la competencia entre unos seres y otros”.

Pero hasta en medio de ese aparente caos, se da también una misteriosa armonía: “Todos esos

fenómenos y seres son necesarios para un universo que, si bien ha sido creado por Dios, no lo ha diseñado de una forma acabada, sino que sigue desarrollándose mediante las leyes físicas que Él

mismo ha implantado”, apunta Gelabert. Y pone como ejemplo los terremotos, los cuales son producidos por el movimiento de las placas tectónicas de la tierra. Cabría pensar que Dios debería

haber creado nuestro planeta sin ese dinamismo destructor, pero lo cierto es que sin él no sería posible que se renovara el oxígeno o el carbono, y sin esos elementos no podríamos vivir. De igual manera,

los virus “forman parte del proceso evolutivo desencadenado por la creación”. Son los organismos más abundantes de la biosfera y, como nosotros, “también ellos luchan por su superviven-

cia”. Nuestra proximidad es tal que ya solo dentro del cuerpo humano hay billones de ellos. Esos microorganismos, igual que las bacterias y los hongos que también habitan en nuestro interior y en el medioambiente, son necesarios para regular la vida. “Es una convivencia que nos beneficia a todos, somos interdependientes unos de otros”, recuerda Gelabert. Pero eso sí, se trata de un equilibrio frágil y difícil, de tal manera que cuando se quiebra puede sobreenir, por ejemplo, una pandemia. Podría decirse, así, que los virus “son queridos en principio por Dios, forman parte de su plan creador; lo que no quiere es que nos hagan daño”.

Vidal Taléns corrobora que, “cuando Dios crea, no puede clonarse, repetirse, hacer otra cosa que sea otra vez Dios, porque eso sería negar que Él es el Absoluto”. La naturaleza, entonces, “es diferente a Dios y, por eso, dinámica”. Desde esa óptica, “lo que suele llamarse ‘males de la naturaleza’ no son cosas buenas ni malas en sí; solo lo serán para una conciencia que así las juzgue porque, subjetivamente, le benefician o le perjudican”. Así, por ejemplo, “las riberas del Júcar fueron fértiles y ricas por las crecidas del río, pero si esas riadas destruyen tu casa entonces te parecerán dañinas”.

La libertad humana y su posibilidad de elegir

Ahora bien, Vidal Taléns aclara que “la intención principal de Dios al crear el universo, tal como ha quedado manifestada en Jesucristo, es la comunión de vida y amor con su criatura humana libre”. De hecho, parece como si todo concurriera en el cosmos para que “pudiera emerger, en un proceso que ha costado muchos millones de años, un ser con conciencia y libertad, a la altura por tanto de Él, a su imagen y semejanza, pese a su evidente diferencia e inferioridad”.

La libertad humana es, junto a la autonomía de las leyes de la naturaleza, otro gran factor que explica el sufrimiento. Con todo, el problema del mal se resiste a una explicación suficiente (‘misterio de la iniquidad’, le llegó a llamar san Pablo, incluyendo en él a Satanás). De cualquier forma, en lo que se refiere a la libertad humana sí resulta evidente que una voluntad mal dirigida puede perjudicar tanto al medioambiente como al género humano, en forma de contaminación, hambre, guerras, abusos... El mal moral transgrede el orden establecido por Dios, provocando heridas en la naturaleza y en las personas.

De esos sufrimientos podrá verse después el propio Dios para llamar al pecador a conversión y enseñarle sutilmente, sin coartar su libertad.

Con la libertad, pues, Dios “nos ha hecho casi dioses, dándonos la tarea de cooperar con Él en el desarrollo de la naturaleza y de la humanidad”, explica Gelabert. Ahora bien, calamidades como el coronavirus que nos asola “nos demuestra que, aunque seamos poderosos también somos débiles y dependemos en parte de la naturaleza”. Cada vez con más claridad.

7 claves desde la fe y la razón

✓ Cuando Dios crea, genera cosas distintas a Él y por eso necesariamente limitadas

✓ La relativa autonomía de la naturaleza y una libertad humana herida están detrás de los sufrimientos del mundo

✓ Dios quiere nuestro bien; no es el autor de los males

✓ El aparente silencio de Dios es respeto a la libertad humana

✓ Dios actúa mediante las personas como causas segundas

✓ Dios está en el enfermo (identificado con él en Cristo), en los médicos (inspirándoles)...

✓ En el Evangelio, Jesús no provoca la enfermedad; solo se compadece y la cura

dad, comprobamos que “lo que le hacemos al planeta nos lo hacemos a nosotros mismos”, que todo está “en un calibrado orden que debemos respetar”, una idea en la que insiste el papa Francisco en su encíclica *Laudato si’*.

Aquella pregunta bíblica de “¿dónde está tu Dios?” guarda cierta relación precisamente con la libertad humana. El aparente silencio de Dios cuando las cosas van mal puede entenderse como “la inevitable renuncia de Dios a imponer su presencia de forma ineludible”. Si Dios se manifestara de manera rotunda, “el ser hu-

mano no tendría más alternativa que someterse” y ya no sería posible “una relación libre con Él sino impuesta”. Así visto, “la experiencia del silencio de Dios es el precio de nuestra libertad” o, dicho de otro modo, “es la consecuencia de una acción de Dios en favor del ser humano: la acción que otorga al hombre una verdadera libertad y, con ella, su alta dignidad como persona”.

Planteada así toda esta cuestión, Dios aparece libre de culpas en lo referente al sufrimiento humano y a la pandemia. En esa especie de osado juicio al que la razón (teológica) le somete, el Creador queda absuelto. Se llega, así, al mismo punto que desde la fe: cuando el creyente se enfrenta al estupor del sufrimiento consentido (permitido, pero no provocado) por Dios, acaba inclinándose ante la mayor sabiduría divina. En la Biblia es elocuente ese testimonio en libros como el de Job, en el que Yahvé le pregunta ante sus dolores y protestas: “¿Dónde estabas cuando cimenté la tierra? Dilo, si tanto sabes y entiendes” (Jb 38, 4); o en las palabras inspiradas de los profetas ante las dificultades: “¿Dice la arcilla al que la modela: ‘¿Qué haces tú y ¿Tu obra no está hecha con destreza?’” (Is 45,9). Como se sabe, tanto unos como otros acaban profesando la bondad de Dios aun en medio del misterio del sufrimiento, a tenor de los acontecimientos salvíficos de los que han sido testigos.

La fe, así, complementa a la razón en la búsqueda del sentido del mal y del papel de Dios. “La razón solo nos da respuestas parciales, son solo una aproximación a la verdad insondable del sufrimiento, sobre todo el de los inocentes”, explica Vidal Taléns. El dolor duele tanto, es tan amargo y devastador, que “siempre habrá una parte de misterio en él”. Por eso, “ante estos problemas debemos ser humildes y reconocer que no podemos comprenderlos de forma completa con la razón, pero sí que podemos pasar a la fe, a la confianza en un Dios que nos ama siempre, incluso en aquellas situaciones que no entendemos”.

La conmoción ante el sufrimiento de los inocentes ha suscitado que incluso los papas clamen al cielo, reconociendo además que frente a tal dilema es menester dar un salto de fe. “¿Por qué, Señor, callaste? ¿Por qué toleraste todo esto?”, expresaba **Benedicto XVI** en el campo de concentración de Auschwitz en 2006, sobre el holocausto judío. O ante la pregunta que le hizo una niña japonesa tras el tsunami de 2011, el pontífice alemán respondía: “¿Por qué vosotros

tenéis que sufrir tanto? No tenemos respuesta, pero sabemos que Jesús sufrió como vosotros, inocente, que el Dios verdadero que se muestra en Jesús está a vuestro lado”. Y el papa Francisco recurrirá a ese mismo tipo de respuesta, desde la fe, para iluminar la oscuridad de los males que azotan incluso a los limpios de corazón: “Tampoco yo tengo respuestas. ¡Pero usted es el Papa, y debe saberlo todo! No, para esas cosas no hay respuestas, solo la mirada del Padre”, dirá en un encuentro con niños gravemente enfermos en 2015.

En el actual contexto de pandemia, el Santo Padre ha vuelto sobre el tema del aparente silencio de Dios ante las calamidades. “Nos preguntamos por qué Dios no intervino directa y claramente”, señala en su carta apostólica *Patris corde*, sobre la figura de san José, publicada en 2020. Y añade: “Pero Dios actúa a través de eventos y personas”, poniendo como ejemplos en la crisis sanitaria por el covid-19 a

como una especie de mecanismo de defensa: “Son, a veces, el reto que lanza la persona para mantenerse a distancia y defenderse del salto a la fe”, explica Vidal Taléns glosando las reflexiones en este punto del teólogo **Romano Guardini**.

Gelabert, a su vez, corrobora la necesidad para el creyente de no enrocarse en meras disquisiciones intelectuales. En todo caso, esas argumentaciones teóricas han de ayudar a dar el paso a la acción: “Dios es la causa primera que opera en y por las causas segundas, lo cual no es un signo de debilidad, sino de la



■ Vidal Taléns: El mal debería ser un problema “más práctico que teórico”

grandeza y bondad de Dios todopoderoso, porque Él no da solo la existencia, sino también la dignidad de actuar por sí mismas, de ser causa y principio unas de otras, y de cooperar así a la realización del designio divino”.

Lo que pide, entonces, Dios a esas causas segundas que somos los seres humanos es que “reaccionemos ante los males ayudando a los hermanos”.



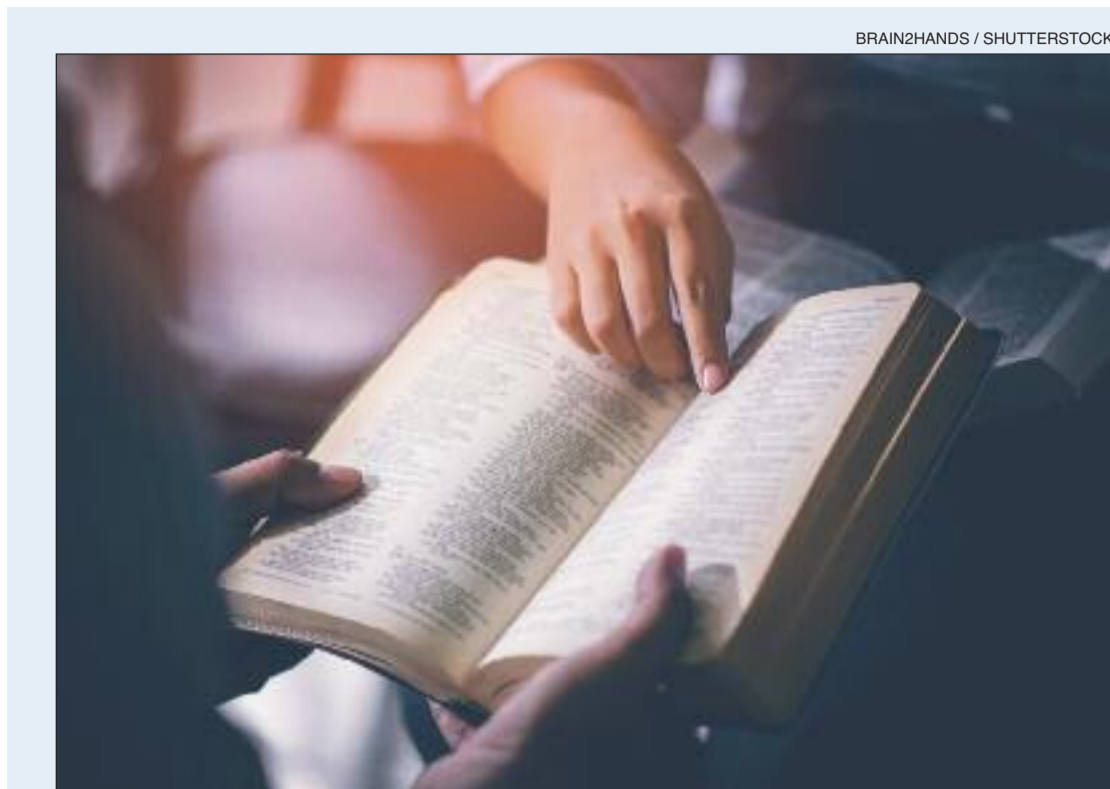
■ Martín Gelabert: “Los virus son queridos por Dios, pero no que nos dañen”

“médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos, pero tantos otros, que comprendieron que nadie se salva solo”. He ahí una respuesta desde la fe cristiana a la pregunta “¿Dónde está tú Dios en la pandemia?”. Él está “en quienes ayudan a los necesitados, inspirándoles, y también en los que sufren, identificado con ellos en la persona de Cristo”, indica Vidal Taléns.

El misterio del mal, por tanto, “debería ser para nosotros un problema fundamentalmente práctico”, observa. Cuando lo circunscribimos al plano teórico, “corremos el riesgo de bloquear el paso a la fe y a la acción solidaria”, enredados en preguntas y preguntas que no tienen respuesta completa en nuestro mundo. Tales cuestionamientos sin fin pueden llegar a funcionar

¿Quién hará justicia a las víctimas de la covid?

Afinando aún más, y por mucho que Dios esté en el médico que cura, en la científica que investiga cómo frenar el virus, en los enfermos... cabe considerar también que la actual pandemia ha dejado ya muchas víctimas. ¿Quién hará justicia a todas esas vidas perdidas...? “Jesucristo – replica Vidal Taléns–; Él vino a decirnos que el amor de Dios quiere sanar la finitud y la libertad del hombre, que no se complace con que sus criaturas humanas sufran, enfermen y acaben muriendo, sino que quiere llevarlas a su plenitud, a la felicidad plena”. Así, pues, “que Dios hará justicia al final de los tiempos es una gran esperanza para llevar mejor los sufrimientos”. Es la idea que apunta Benedicto XVI al comienzo de su encíclica *Spe salvi* –de recomendada lectura según Vidal Taléns en estos tiempos duros de pandemia–: “El pre-



BRAIN2HANDS / SHUTTERSTOCK

La necesidad de interpretar bien la Biblia

Las imágenes de Dios como un ser temible, castigador y que, al modo de las plagas de Egipto, bien podría haber desencadenado la actual pandemia, proceden en buena medida de erróneas interpretaciones de la Biblia –constatan Vidal Taléns y Gelabert–, normalmente por hacerse una lectura literal de ella. Por eso, ambos coinciden en la importancia de que los fieles reciban formación bíblica para acercarse adecuadamente a los textos sagrados.

“Dejando clara la especial relevancia de las Sagradas Escrituras como fuente de revelación de Dios, hay que decir que estas tienen sus reglas para ser correctamente interpretadas”, expone Gelabert. Hay que tener en cuenta, por ejemplo, que la Biblia es histórica: “Es inspirada por Dios, pero escrita por hombres”, los cuales solo pudieron redactarla “en función de su cultura, mentalidad y conocimientos”. Solo así se entiende que en algunos pasajes “se diga que a los enemigos de Yahvé había que matarlos a todos, incluidos los niños”. Y por eso también hoy en día “un profesor de Religión no podría decir que el mundo fue creado en seis días, como aparece en el Génesis”.

Ese lenguaje de la Biblia, “si se lo sabe entender bien, dice en el fondo verdades de máxima importancia para la fe, más allá de las

imágenes excesivamente antropomórficas que a veces aparecen”. En cambio, una lectura fundamentalista de los textos sagrados “no tiene en cuenta su historicidad ni su mensaje global”, por lo que puede resultar “peligrosísima, catastrófica”. Benedicto XVI habla en este sentido de “las páginas ‘oscuras’ de la Biblia”, en su exhortación apostólica *Verbum domini*, un documento “especialmente recomendable –sugiere Gelabert– para ahondar en la buena interpretación de la Biblia”.

Es preciso, entonces, realizar una lectura de la Sagrada Escritura que no olvide el núcleo central de su mensaje: el amor de Dios a todas sus criaturas y su deseo de salvación para todos. “Los textos sagrados hay que interpretarlos a partir del conjunto, no al revés”, subraya.

Ese espíritu que palpita en toda la Biblia está, además, encarnado en Jesucristo: “Hemos conocido la Palabra de Dios en persona; Jesús debe ser la llave maestra que nos abra el campo de la interpretación de toda la Biblia”, destaca Vidal Taléns. ¿Y qué enseña Jesús como voluntad del Padre ante la enfermedad o el sufrimiento?: “Pura misericordia. En todo el Evangelio, vemos que el Hijo de Dios no envía la enfermedad a nadie, sino que se compadece ante ella y la cura”.

sente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta, y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino”.

Y para alcanzar esa meta que es el cielo de Dios abierto con la resurrección de Jesús, los mismos sufrimientos colaboran en cierto modo. “Tampoco el cielo es un lugar acabado. Se enriqueció con Jesús resucitado. Con sus cicatrices que nos curaron podrán entrar también las nuestras. El cielo no es ajeno a nuestros sufrimientos”, señala Vidal

Taléns. A su modo lo enseñó san **Juan Pablo II** en su carta apostólica *Salvifici doloris*, a la que se refirió el papa Francisco el pasado mes de febrero, al afirmar que “la realidad que estamos viendo en todo el mundo a causa de la pandemia vuelve particularmente actual este mensaje”.

En el documento del papa polaco, el sufrimiento aparece como una posibilidad de transformación virtuosa de la propia vida, como un elemento educativo y de prueba que capacita para amar y, por tanto, para ser ciudadano de aquel cielo prometido; aparece,

en suma, con un sentido salvífico para aquellos que lo aceptan asociándolo a los padecimientos de Cristo y que incluso los ofrecen por amor para colaborar en la redención del mundo.

“¿Dónde está tu Dios?”, aguijoneaban al salmista en aquella ancestral tribulación suya. Y hoy, en medio de la pandemia de coronavirus que nos asola, la tradición judeocristiana sigue respondiendo de diversos modos pero con la misma esperanza del final de aquel mismo salmo: “Espera en Dios, que verás a alabarlo” (Sal 42, 11).